

La Rebelión del Norte

Alejandro Fernández Monte

I

Yo estuve allí.

Yo estuve allí el día en que murió el reino de los visigodos. Oh, sí, bueno, aún quedaban por dar unos últimos coletazos, como si de una ballena varada se tratase; monstruo moribundo que observa su inminente final entre estertores de agonía. Pero después de mis largos años de vida puedo ver hoy, con cristalina claridad, que aquel fue el día en el que cambió todo.

Mi mano tiembla de forma incontrolada al recordar aquellos momentos, haciéndome difícil deslizar con precisión la pluma sobre el pergamino. No se debe a mi avanzada edad, sino a la emoción que provocan los recuerdos, que acuden a mi mente con una frescura imposible tras el tiempo que ha pasado.

Por aquel entonces yo era solo un muchacho, apenas tenía dieciséis años. Suficientemente hombre para luchar en batalla, y demasiado niño como para no entender lo valiosa que es la vida y lo fácilmente que esta nos abandona. Orguloso, pese a mis humildes orígenes, y pendenciero, como correspondía a mi edad, me creía inmortal y estaba dispuesto a enfrentarme a cualquier enemigo; pobre infeliz aferrado a su lanza y a su escudo. Poco podía imaginar entonces lo cerca que iba a estar de volver con el Creador.

Yo era un soldado más dentro del ejército de Roderico, al servicio de un noble hispanorromano, de nombre Leopoldo. Uno de tantos. El rey nos había movilizad para hacer la guerra con los vascones, pueblo siempre guerrero y

correoso, que como otros pueblos del norte de la península no terminaba de someterse al reino de los visigodos. Nos hallábamos en plena campaña en Pompaelo, que los vascones llaman Iruña, cuando llegaron las noticias del otro extremo de la península: un tal Tarik ibn Ziyad, un bereber del norte de África, había desembarcado en la costa sur con siete mil hombres. Atravesaron el estrecho partiendo desde Septem, hecho este que provocó no pocos comentarios. ¿Por qué el conde de Septem había permitido esta invasión? A mí, ignorante como era en cuestiones de política o estrategia militar, me importaba bastante poco, pero entre mis compañeros empezaron a circular rumores de lo más variopinto; así de dados son los hombres para inventar fabulaciones cuando desconocen la verdad de los hechos.

Lo que sí sabíamos era que los invasores habían tomado Carteia y se habían asentado en los restos de Iulia Traducta, en una población que habían llamado Al-Yazira Al-Jadra, lo que al parecer en su idioma viene a significar la Isla Verde. Bancho, el sobrino de Roderico, había acudido a hacerles frente, pero al no tener éxito solicitó auxilio del rey, que inmediatamente ordenó cesar las hostilidades contra los vascones, para acometer la verdadera amenaza de su reino.

Y allí nos encontrábamos, a la orilla del río Lete, para enfrentarnos a los bereberes. Estos se habían visto reforzados con nuevas tropas, de forma que, según le oí decir a uno de nuestros capitanes, ya contaban del orden de doce mil hombres. Aunque, como he dicho siempre, nunca he visto a nadie en una batalla (y llevo ya unas cuantas sobre mis castigadas espaldas) contando a los soldados enemigos. En cualquier caso nosotros éramos más y estábamos seguros de nuestra pronta victoria.

Yo al menos sí me sentía bastante seguro, no solo por la inconsciencia de mi juventud, sino también por el hecho de estar asignado en una unidad de lanceros cerca del cuerpo central del ejército, junto a Leopoldo y el resto de sus hombres, muy próximo a Roderico y su guardia real, o lo que es lo mismo, los mejores y más fuertes y experimentados guerreros.

Los flancos estaban custodiados por las tropas de Oppas y Sisberto, los hermanos de Witiza, el anterior rey, que aunque eran enemigos políticos de Roderico, habían acudido con sus tropas como el resto de los nobles visigodos a combatir al enemigo común. Me veía, por tanto, con las espaldas bien cubiertas, confiado y sabedor de estar en el bando ganador.

Resultaba inevitable sentir el nerviosismo previo del combate, ya lo había sentido previamente y volvería a sentirlo en muchas más ocasiones. Pero no sentía ningún temor al observar las hileras de enemigos que desfilaban frente a nosotros. Inconsciente, sí, pues en la batalla no hay nada seguro salvo la muerte de muchos, un sangriento tributo en el altar de la guerra.

Desde mi posición pude observar los primeros movimientos. Ambos ejércitos habían formado de la mejor forma que pudieron idear sus líderes. Un grito lanzado al aire por alguien, no tengo muy claro si en nuestro ejército o en el del enemigo, fue la señal para avanzar, y nos pusimos en marcha. La suerte estaba echada.

Hubo un primer intercambio de proyectiles, *a priori* poco peligrosos para nosotros, acostumbrados a luchar protegidos por nuestros escudos. Pero nos llamó la atención algo distinto a lo que conocíamos: la caballería ligera de los bereberes. Al principio fue objeto de nuestras chanzas, pues nos parecía ridículo acudir a la batalla con caballos tan poco protegidos, y sus jinetes solo iban armados con lanzas cortas. Pero pronto descubrimos cuál era el potencial de su caballería: se dedicaban a hostigar nuestras fuerzas desde la distancia, formando círculos. Así conseguían que el lanzamiento de proyectiles fuese constante, no dejando a nuestras fuerzas protegerse convenientemente. Y al ser más ligeros que nuestros caballos, nuestra propia caballería no podía darles alcance, agotándose inútilmente bajo el inclemente calor del verano, pues corría el mes de julio y el sol no daba tregua.

No tuve mucho tiempo para ocupar mis pensamientos en la caballería enemiga, ya que mi propia unidad ya entablaba combate con la infantería bereber. El choque fue brutal, las fuerzas estaban equilibradas: al igual que nosotros, ellos iban armados con lanza y escudo, y en esos primeros compases de la batalla todavía no había dado tiempo a mostrar cansancio por parte de ningún bando.

Recuerdo con inmensa claridad esos ojos oscuros mirándonos a través de las rendijas formadas en sus caras cubiertas por sus extraños ropajes. Los gritos de odio que surgían de sus ocultas bocas, insultos pronunciados en su lenguaje extranjero que, empero, no necesitaban ninguna traducción. La sensación terrible de saber que el hombre que tienes delante solo quiere matarte, la certeza de que la única salida es matar o morir. A lo largo de mi vida me he preguntado si esos guerreros habían tenido los mismos pensamientos hacia nosotros, y quiero creer que bajo sus turbantes y nuestros cascos todos sentíamos lo mismo. Hombres que mataban a otros hombres. El triunfo indiscutible del mal.

Pasó el tiempo, aunque en el fragor de la batalla no sabría determinar cuánto. El cansancio empezó a hacer mella en nuestros cuerpos. El ánimo flaqueaba al ver caer a algunos de los nuestros. Fueron momentos asfixiantes, castigados por el calor, inmersos en la nube de polvo que se había levantado y que cubría todo el campo de batalla. En cuanto tenía un respiro aprovechaba para limpiarme el sudor y la sangre de mi cara, sangre que no sé si era mía o de otro, aunque en ese momento eso no me importaba. Aquello no podía durar mucho más, o ellos o nosotros acabaríamos cediendo terreno, solo esperaba que nosotros aguantásemos un poco más, y que en el resto del campo de

batalla nuestra superioridad numérica se hubiese impuesto a nuestro favor, aunque me resultaba imposible ver nada más allá del enemigo que tenía delante.

Y entonces lo oí...

—¡Se van! ¡Se retiran!

No lo entendía. Desde luego los bereberes que tenía delante no se estaban yendo a ninguna parte. Pero algo pasaba, se gritaban órdenes en ambos bandos, y aunque con la confusión no lograba ni siquiera entender las nuestras, enseguida vi cómo mi unidad retrocedía. Nuestros enemigos no nos siguieron, al menos no inmediatamente, probablemente también necesitaban recuperar el resuello, y debo confesar que agradecí esos breves instantes de tregua.

Pude mirar a mi alrededor en ese momento, y entonces lo comprendí todo: nuestras alas abandonaban el campo de batalla. Sisberto y Oppas emprendían la retirada. ¿Tan duramente habían sido castigados por la caballería sarracena? ¿Acaso había ocurrido algo que escapara a mi percepción? Años después, con la perspectiva de la sabiduría que da la experiencia, y tras analizar los sucesos que vendrían después, pude comprender que había más motivos detrás de este movimiento. Oscuros y traicioneros motivos.

Pero aquel no era el momento de pararse a analizar nada, pues los bereberes volvían a la carga. Apenas nos habíamos reagrupado en torno al pendón del rey, con su cruz goda sobre fondo rojo, cuando tuvimos que afrontar la embestida.

La batalla había dado la vuelta. Nos superaban en número, en moral, y también tácticamente. Recuerdo cómo la confianza que había sentido en los momentos previos a la contienda se había desvanecido. A mi alrededor los amigos caían, ya fuese por las lanzadas de la infantería, ya por los proyectiles que nos llovían incesantemente. Con cada baja debíamos dar un paso atrás para cerrar filas, o al menos así fue en los primeros instantes, en los que aún conservábamos, de forma instintiva, la disciplina militar necesaria como para plantear una defensa razonable. Inútil esfuerzo.

Pronto se hizo evidente que nada podría parar la masacre. Muchos de los nuestros huyeron despavoridos. ¡Cobardes!, pensé en aquel momento, aunque con el paso de los años aprendería que no hay ninguna cobardía en correr para salvar la vida. Pocos lo conseguirían, pues los sarracenos no estaban tomando prisioneros.

Puedo decir con orgullo que yo no corrí, aunque honestamente no sé si fue por cansancio, por valor irracional, o porque sencillamente no encontré la ocasión. Tan solo sé que seguía luchando. Rota toda formación, en la confusión

reinante solo veía cómo caían mis compañeros, mientras me esforzaba por sobrevivir.

De pronto me vi solo. El polvo lo cubría todo, la luz de la tarde empezaba a escasear, y creo, ahora que lo pienso, que mi cabeza empezaba a jugarme malas pasadas, aturdido como estaba por el calor, el cansancio, y algún que otro golpe que me había llevado y del que empezaba a ser dolorosamente consciente. De entre el humo vi salir a tres sarracenos, tres portadores de muerte que avanzaban hacia mí con paso firme, cazadores en busca de una presa que saben que ya no puede huir. Pero yo había decidido vender cara mi vida, así que aferré con las pocas fuerzas que me quedaban el escudo y la ensangrentada lanza y me coloqué en guardia. De los tres hombres que se acercaban dos portaban lanzas y el tercero, que iba en medio, blandía una espada y llevaba armadura, por lo que debía de tratarse de alguien con recursos flanqueado por su escolta.

Nunca podría con los tres a la vez, así que decidí atacar antes de que llegasen a mi altura: primero arrojé mi lanza hacia uno de los escoltas que, sorprendido, no reaccionó a tiempo para esquivarla; la lanza se le clavó en una pierna, y el sarraceno cayó al suelo entre gritos de dolor. Poco me importaba su suerte a partir de entonces, solo supe que tendría que luchar con uno menos. Entonces saqué una pequeña daga que llevaba al cinto, precisamente por si perdía mi arma principal, y cuando ya tenía a los dos restantes encima arremetí contra el otro escolta intentando cubrirme todo lo posible con mi escudo. Gracias a ello paré un golpe de espada, pero el lancero logró herirme en un costado. No sería una herida mortal, pero en aquel momento me escoció como el fuego del infierno. Por suerte para mí no consiguió detener mi arremetida, y conseguí clavarle la daga en el vientre hasta la empuñadura. Allí se quedó clavada, dudo que a día de hoy alguien haya conseguido arrancarla de su cadáver, pues empeñé en empujar toda mi alma.

Tan solo me quedaba, pues, el escudo, que interpusé como pude ante los furiosos golpes que me asestaba el que quedaba. Le paré una, dos, tres veces, le esquivé la cuarta y volví a parar la quinta. Pero no había duda alguna del inevitable final de aquel combate, pues el sarraceno era mejor guerrero que yo y estaba mejor armado. Aproveché un movimiento para darme con el puño en pleno rostro; creo recordar que conseguí estampar mi escudo en la suya propia al tiempo que caía hacia atrás, justo antes de soltarlo, aunque probablemente no sirvió de nada. Desarmado y aturdido, tirado en el suelo, noté cómo la sombra de mi enemigo tapaba el sol. Intenté recordar una oración para entonarla en mis últimos instantes, mientras esperaba la inminente estocada que acabaría con mi vida.

Entonces oí el ruido de un golpe seco, metal golpeando metal, seguido de un estertor sordo. El olor a sangre me inundó los sentidos. Alcé la vista y vi al

sarraceno sujetarse inútilmente las tripas mientras alguien extraía una espada. De una patada, el guerrero que me había salvado la vida tiró al suelo a mi enemigo, que cayó a mi lado, y solo entonces pude verle: se trataba de un noble, sin lugar a dudas, no solo por la magnífica espada que portaba, sino también por el casco, la malla metálica y el escudo. Tal vez fue por mi aturdimiento, o por lo cerca que había estado de morir, pero recuerdo que me impresionó profundamente. Le vi cómo mantenía una pose marcial, escudo en guardia y espada presta, mirando hacia un nuevo grupo que se acercaba a nosotros. Tan solo me dijo una cosa, una sola palabra, pero que era justo lo que necesitaba oír para volver al mundo de los vivos:

—¡ARRIBA!

Busqué a tientas un arma y en cuanto tuve una me levanté lo más rápido que pude, agitando mi cabeza para salir del aturdimiento. Cuando me quise dar cuenta ya estaba de nuevo en actitud de combate, con mi escudo en una mano y la espada del sarraceno muerto en la otra. La misma espada que estaba destinada a acabar con mi vida, y a la que entonces me aferraba, aunque lo cierto es que no sabía usarla con destreza, pues era la primera vez que blandía una. Mientras escribo estas líneas no puedo evitar mirar a mi espalda, a la pared donde reposa colgante esa misma espada que me acompañaría en tantas batallas durante el resto de mi vida, ya mellada y oxidada, y con la que he dado orden de que me entierren cuando me llegue la hora. Fiel compañera de vicisitudes.

Vi entonces a qué nos íbamos a enfrentar aquel guerrero y yo: un nuevo grupo de bereberes cargaba hacia nosotros. No puedo decir con exactitud cuántos eran, pues en la confusión solo pensaba en seguir defendiéndome. Tan solo recuerdo batirme con un nuevo enemigo, mientras mi compañero hacía lo propio. Aquello fue muy rápido, apenas había empezado a intercambiar golpes cuando vi por el rabillo del ojo derecho cómo un enorme martillo aplastaba la cabeza de uno de nuestros enemigos, luego el pecho de otro, y finalmente el brazo izquierdo de aquel con el que me estaba batiendo yo, lo que me dio la oportunidad de rematarlo; lo blandía un hombre enorme, fuerte como un mulo, pero muy ágil pese a su tamaño y al arma que manejaba; su pelo largo y negro se agitaba caóticamente en el aire dándole un aspecto mucho más salvaje, y rugía como un león soltando espumarajos por la boca, que oculta bajo una tupida barba solo se veía cuando la abría.

Justo después pude ver cómo a nuestra izquierda un cuarto caía con un dardo atravesándole la garganta, mientras el guerrero que lo acababa de lanzar remataba al quinto sarraceno con su cuchillo; este era más menudo, tirando a bajito, delgado pero fibroso, y se movía con una rapidez que yo no había visto jamás. Tenía el pelo castaño y los ojos claros, y también llevaba barba, pero mucho más corta que el anterior, puede que por ser más joven o por su propia

constitución. Aunque no daba el mismo aspecto salvaje, sus movimientos fueron certeros, rápidos y letales. Los dos nuevos guerreros que acababan de acudir a nuestro auxilio debían ser la escolta del noble que me había salvado la vida, y como pude observar entonces, luchaban perfectamente coordinados. En un visto y no visto estábamos libres de nuestros enemigos.

Los dos nuevos guerreros ni siquiera me miraron, tan solo esperaron órdenes del noble. Estas no se hicieron de rogar:

—Nos vamos —dijo con seguridad.

Sus hombres le flanquearon sin rechistar. Yo, aún sin saber qué hacer, borracho de sangre, magullado y completamente desubicado, me quedé mirándoles mientras se iban en dirección opuesta a la masacre (pues ya no podía llamarlo batalla). El guerrero del martillo se dio cuenta y me hizo un gesto para que les acompañase.

—¿Quieres quedarte aquí a morir?

No hizo falta que me lo repitiese. Inmediatamente me uní a ellos. Desde el primer momento me sentí seguro a su lado, y lo cierto es que me coordiné perfectamente con ellos por algún extraño motivo, como si hubiésemos estado destinados a combatir juntos. A día de hoy, a tenor de todo lo que estaba por venir, estoy bastante convencido de que así fue.

Aún tuvimos que combatir para escapar de aquel infierno, pero se trataba de pequeños grupos de bereberes sueltos que, tan hartos de batalla como lo estábamos nosotros, apenas nos pusieron dificultades. Cuando me di cuenta de que abandonábamos el campo de batalla, me sorprendió que no retrocediésemos hacia alguna posición donde se estuviesen reagrupando nuestras tropas.

—¿No deberíamos buscar el pendón real?

—El rey ha muerto —respondió nuestro líder sin dudar ni mirar atrás.

Aquello me impactó, hasta ese momento no había sido consciente de lo que había pasado, pero de pronto la realidad invadió mi mente. Me paré y miré hacia atrás, hacia la última posición donde no hacía tanto había visto al rey con su guardia de honor combatiendo a los sarracenos. No vi ningún estandarte. Entre el polvo y las sombras que empezaban a cubrirlo todo (pues empezaba a anochecer) tan solo pude ver la figura de un caballo solitario que avanzaba, errático, como si buscase algo o a alguien entre los heridos y los muertos. Si Roderico seguía vivo... bueno, en cualquier caso ya no era rey de nada. Consciente al fin de la situación, me apresuré a reunirme con mis nuevos compañeros.

Ya lejos del campo de batalla, no paramos de caminar hasta horas después de haber anochecido, pues no nos sentíamos seguros. Tan solo cuando encontramos un refugio donde pasar la noche nos permitimos el lujo de sentarnos a descansar. Y aunque alerta ante la posibilidad de encontrarnos con alguna patrulla de bereberes, por fin pude ver cómo los rostros de mis compañeros se relajaban.

—Has luchado bien —me dijo el noble—, ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Alverad, señor.

—Es un honor, Alverad, bienvenido a nuestro grupo —me dijo mientras me estrechaba la mano—. Permíteme que te presente como es debido: este hábil guerrero se llama Beleno, que no te engañe su estatura, pues es uno de los hombres más letales que he conocido. Y aquel gigante del martillo con cara de angelito se llama Arduino.

Ambos me dieron la mano igualmente entre risas. Lejos de ofenderse por las palabras de su líder esbozaron sonrisas cómplices.

—Y yo me llamo Pelagius.



¿Te ha gustado? ¿Quieres leer el resto?

Ya puedes comprar el ebook en [Amazon](#)

O el libro impreso en mi web:

[La Taberna de Brottor](#)